

habian venido á estas partes antes que sus doce compañeros. Tenia en aquel tiempo la ciudad de Tezcuco más de treinta mil vecinos, sin quince provincias que le eran sujetas. Tlaxcala con sus contornos tenia más de doscientos mil. Huetzotzinco ochenta mil. Habiéndose despedido de su prelado con tiernas lágrimas, tomaron la derrota que se les señaló á cada uno.

---

## CAPITULO XV.

---

ENVIA HERNAN CORTÉS A LAS HIBUERAS AL CAPITAN  
D. CRISTÓBAL DE OLID: SABE SU REBELION:  
REVOLUCIONES DE MÉXICO DESPUES QUE SE VA A LA  
JORNADA DE LAS HIBUERAS HERNAN CORTÉS:  
PASIONES DE LOS OFICIALES REALES Y DESAFUEROS DE  
GONZALO DE SALAZAR Y DE PERALMINDEZ.

Como Hernan Cortés tenia pacificada casi toda la tierra, y deseaba aumentar todos los señoríos de su soberano, en nada se detenía como juzgase ser de su real servicio, y se resolvía á las empresas más arduas, venciendo todas las dificultades. Por las noticias que le habian dado de la tierra de Honduras, ponderando su riqueza, fertilidad y numeroso gentío, y porque se presumia que un ancon que se hace en puerto de Términos, entraba tan adentro que podia pasar de un mar á otro,

ó que á lo ménos quedaba muy poca tierra que atravesar, para ejecutar las órdenes del rey, determinó poner una armada para esta expedicion. Mandó aprontar cinco navios y un bergantin con los pertrechos necesarios; nombró por capitan de unos cuatrocientos españoles y treinta de á caballo para esta jornada de Hibueras ó Honduras, á Cristóbal de Olid, capitan valeroso y de toda su confianza, que le habia seguido en todas ocasiones con invariable fidelidad: habia vuelto á México de su desgraciada expedicion de Colima, y no convenia tener ocioso á un capitan de tanta recomendacion. Mandó le Cortés que fuese á la Habana primero para levantar más gente y comprar caballos y bastimentos, intimándole que reconociese si segun sus conjeturas habia por el cabo de Hibueras algun estrecho, mientras costeaban por un rumbo otros dos bergantines del Pánuco á la Florida, y por la del mar del Sur navegaban los bergantines que habia mandado fabricar en Zacatula, desde este puerto á Panamá, buscando el estrecho; pero estos no pudieron obrar, porque cuando llegó la orden se habian quemado por desgracia. Debia tambien Diego Hurtado de Mendoza, su primo, costear con su escuadra desde las Hibueras al Darien. Este empeño de Cortés de enviar tantas armadas para descubrir el estrecho que creia habia junto á Panamá, era de mu-

cho agrado del emperador, que deseaba quitarse de pleitos con los portugueses en la navegacion de las Molucas. Habia despachado Hernan Cortés al capitan Cristóbal de Olid para esta importante expedicion en el año antecedente de 1523, y á fines del mismo año le llegó noticia de la mala conducta de este capitan, que se le habia sustraído de su obediencia, y que apénas habia llegado á Hibueras, se habia declarado su mala intencion, cosa que sintió sobremanera, porque le queria sumamente: no dejó de conturbarse Cortés, pareciéndole luego que esta traicion podia ser muy perniciosa y tener muchas raices, no dudando que esta repentina mudanza de su querido capitan Olid, no podia provenir sino de los consejos que le habian dado los amigos de Velazquez cuando estuvo en la Habana. Desde entónces resolvió ir en persona á Hibueras para ocurrir al remedio y contener cualquier levantamiento, suponiendo que todos le habian de seguir, y que dejando en su lugar para el gobierno de México algunos de los oficiales reales que acababan de llegar en la misma ocasion que la santa mision del venerable padre Fr. Martin de Valencia, lograria toda seguridad asi en aquella ciudad como en todas las demás provincias. Premeditaba Hernan Cortés esta jornada importante, queriendo tomar satisfaccion de la desobediencia de Cristóbal de Olid, y

la queria emprender cuanto ántes para que no tomase cuerpo la rebelion y se perdiesen sin remedio dos provincias tan dilatadas y ricas, como eran las de Honduras y Nicaragua, segun las relaciones que le habian dado: y batallando en estos melancólicos pensamientos, despues de haber obsequiado, como se ha dicho, á los misioneros franciscanos, recibió con mucha honra á los cuatro oficiales reales que habian llegado á México este año de 1524, el tesorero Alonso de Estrada, el contador Rodrigo de Albornoz, Gonzalo de Salazar, factor, y el veedor Peralmindez Chirinos; pero como abultaba en la imaginacion de estos señores la fama de las grandes riquezas de Nueva España, comenzaron, atendiendo á sus fines particulares, á pretextar una grande eficacia en órden á los intereses del rey, y averiguar la conducta de Cortés. La lisonja y la envidia hizo en muchos su oficio; se dieron por agraviados de este capitán general varios descontentos, y con este motivo escribían al rey los oficiales reales contra Cortés, encareciendo sus tesoros, su poder despótico, y con cuánta facilidad se podia alzar con estos reinos. No ignoraba Cortés la mala voluntad de estos ministros, y sufría con mucha prudencia toda esta contradiccion sin dejar de atender á todo lo que convenia para la conservacion de lo adquirido. No obstante que los oficiales reales no cesa-

ban de escribir á la Corte muchas quejas contra el gobernador Cortés, viéndole tan empeñado en la jornada de las Hibueras, le representaron, quizas para afianzar mejor sus calumnias, que habia grandes inconvenientes en el viaje que queria hacer, diciendo que importaba más la seguridad de México que la de las Hibueras, y que con su ausencia podia dar ocasion á un levantamiento de parte de los indios, quienes todavía lloraban la muerte de tantos de los suyos, la pérdida de su capital, y la prision de sus señores, por donde corria riesgo de perderse México, y consiguientemente todo lo ganado: al fin le rogaban desistiese de su intento con la consideracion de tantos males que se podian originar de semejante viaje; pero Cortés, agradeciendo con disimulo sus buenos oficios, no tuvo por bien dejar esta desobediencia sin castigo, con el temor que otros capitanes que tenia repartidos en otras provincias le faltasen al respeto y se preparasen á mayores excesos, animados con el mal ejemplo de Cristóbal de Olid. Y así, firme en lo que habia resuelto despues de maduras reflexiones, dejó mandado que en su ausencia se asistiese á la mision del venerable padre Valencia de modo que se pudiese trabajar con más acierto en la conversion de los indios, cooperando por su parte los que tenian repartimientos para que se extinguiese en breve la idolatría: dió encomien-

das á los oficiales reales, y á otros, para tenerlos á todos contentos. Declaró, en fin, que dejaba en su lugar para el gobierno al tesorero Alonso de Estrada y al licenciado Alonso de Zuazo. Resultó de este nombramiento que el factor Gonzalo de Salazar, y el veedor Peralmindez Chirinos, se agraviaron, y por no quedar subordinados al tesorero, se ofrecieron, aunque contra toda su voluntad, á acompañarle en el viaje. Aceptó Cortés la oferta, y quiso tambien llevar consigo al contador Rodrigo de Albornoz; pero adoleció este ministro de una enfermedad grave en visperas de la partida, y con este inconveniente se hubo de quedar, y rogaron á Cortés Gonzalo de Salazar y Peralmindez que lo dejase por tercero en el gobierno que tenían Estrada y Zuazo. No se resolvió luego Hernan Cortés á condescender con la petición de Gonzalo de Salazar en favor de Albornoz, que era maliciosa, y no por hacerle bien, pues le tenia secreta aversion, sino para entrometerse en el gobierno sembrando la division por medio de éste entre los demas oficiales reales del gobierno, porque conocia que todos estos hombres estaban viciados, poseidos de la ambicion y agitados con el mal espíritu de la discordia; mas para obviar mayores contradicciones, sin embargo que sabia que no cesaban de malquistarle, especialmente en la Corte, se avino á dejarlo en compañía de

los mencionados Estrada y Zuazo en el gobierno.

Salió, pues, Hernan Cortés de México á mediados de Octubre, llevando consigo para la jornada de Hibueras á los señores más principales mexicanos que le pareció podian causar algunas alteraciones, y principalmente á *Quetzal*, señor de Tacuba, á *Oquitzi*, señor de Atzacaputzalco, y otros señores poderosos para mover cualquiera revolucion: llevó un cuerpo de tropas castellanas y algunos millares de indios amigos con algunas piezas de artillería y provisiones abundantes para la caminata. Antes de salir de México escribió al rey, dándole las gracias por la merced que le habia hecho de gobernador y capitan general de Nueva España, remitiéndole mejores presentes de los que habian llevado Alonso Dávila y Antonio de Quiñones, que sabia se habian perdido, sobresaliendo entre otros semejantes, una culebrina de plata muy bien labrada cuyo valor era de veinte y cuatro mil pesos de oro, tanto más preciosa cuanto que era la primera pieza de artillería que de tal metal se habia visto en el mundo, y por consiguiente digna de presentarse á tan grande emperador, y dándole cuenta de sus designios sobre la rebelion de Cristóbal de Olid, que queria castigar. Termina su carta-relacion, fecha á 15 de Octubre de 1524, con el capítulo que dice nuestro Torquemada haber cuadrado

mucho al emperador, en que le pide ministros evangélicos de la Orden de San Francisco y de Santo Domingo para la conversion de estos indios de Nueva España. Pero ya, como se ha visto, estaba entónces la mision del venerable padre Valencia recién llegada á México, verificándose claramente que no fué enviada en virtud de esta carta. Sobre este equívoco que padece Torquemada, y los que le siguen, se puede ver lo que refiero con extension en el Aparato á esta Crónica. (\*)

Apénas se hubo apartado de la imperial ciudad de México el general Cortés, que se alteró todo el gobierno con las pasiones y escándalos de los oficiales reales: Estrada y Albornoz se contrapuntearon, y llegó á tanto el enojo, que metieron mano á las espadas: fué avisado Cortés de todo, y les escribió encargándoles la paz, y de no conformarse, les amenazaba que los removeria del gobierno. No faltó quien dijera que Cortés se alegraba de la division que habia entre los oficiales reales, y que aun las fomentaba para hacerse de armas contra las calumnias que ellos sembraban y escribian á la Corte en orden á sus providencias; motivo porque mandó sobre la marcha al factor y al veedor, que ya le habian pedido

(\*) Aparato, cap. 42, núms. 10, 11, 12, 13 y 14.

licencia para volver á México por sus fines particulares, que fuesen luego á aquella ciudad, dándoles comision para que castigasen los excesos del tesorero y contador, y provision para que gobernasen juntamente con el licenciado Zuazo; de suerte que con esto Gonzalo de Salazar consiguió enteramente su deseo; pero con la limitacion que si los hallasen conformes, no tratasen de castigo, sino que todos juntos gobernasen. Como Cortés los conocia tan opuestos en intereses y opiniones, juzgaba que si se suscitaban entre ellós, como no dejaria de suceder, que se desharian en la Corte todas las quejas que le habian levantado; pero se engañó, y nunca pensó que á tanto extremo llegaran las resultas de estas diferencias y pasiones. Cuando los dos llegaron á México, se alborotaron todos los oficiales reales, y llegaron despues de alguna composicion á gobernar los cuatro como unos tres meses con alguna quietud; pero Gonzalo de Salazar, que queria quedar solo en el gobierno, arbitró la prision de Rodrigo de Paz, alguacil mayor de la ciudad, y primo del capitán y gobernador D. Fernando Cortés, para efectuar sus malos intentos, que se reducian á irritarle contra los demás gobernadores, y sobre todo contra el licenciado Zuazo, que creía ser muy su amigo. El factor, que le tenia preso en su casa con orden de todos los cinco gobernadores, por la traza que

se dió para ello, le mostró las firmas de los que creía sus amigos, y con esto Rodrigo de Paz, ofendido de los que más confiaba, se confederó con el factor y veedor, y concertaron de echar del gobierno á los demás: al dia siguiente consiguieron de los compañeros órden para soltar á Rodrigo de Paz y los regidores sus amigos, y acordaron que á voz de pregon se declarasen al tesorero, contador y al licenciado Zuazo por excluidos del gobierno; accion que causó grande alboroto en la ciudad, porque unos acudian á una parte, y otros á otra. El alcalde ordinario Francisco Dávila reprimió con un bando severo la conmocion; pero los confederados le insultaron y amenazaron de muerte, y á no haberse escapado de miedo de ella, le hubieran afrentado sin duda. Viendo el santo Fr. Martin de Valencia y sus compañeros que á pocos meses de haber llegado á México, ya comenzaba el comun enemigo á indisponer los ánimos para embarazar sus santos designios con guerras civiles, como ministros de paz trataron de medios pacíficos con deseo de remediar tanto daño, y el principal fué que Estrada y Albornoz se dejasen prender del licenciado Zuazo, ya que por ser tan poderosa la parte contraria con asistencia de Rodrigo de Paz, no podian resistir, y con esto quedaron excluidos del gobierno. Finalmente, pudo tanto Gonzalo de Sandoval, digo, de Salazar,

que, usando de várias violencias, vino á quedar absoluto en el gobierno; prendió astutamente á Rodrigo de Paz, como único estorbo de su depravada intencion; se apoderó de los bienes de Cortés, haciendo correr la voz que se habia muerto en su viaje de las Ibueras, y en confirmacion de ello dispuso que se celebrasen honras muy solemnes en San Francisco (que entónces era la catedral), con sermon que predicó un religioso, moderando mucho sus alabanzas por temor de ofender á Gonzalo de Salazar, quien se resolvió á cometer el cruel atentado de mandar ahorcar á Rodrigo de Paz, socolor de que habia alborotado al pueblo y se queria levantar con estos reinos, cuya muerte fué generalmente sentida del pueblo.

Año de 1525.—Iban las cosas de mal en peor, creciendo en tal manera la arrogancia de Gonzalo de Salazar y de Peralmindez, que daban y quitaban los indios, repartian la tierra, ponian y quitaban oficiales á su gusto, y en todo procedian de poder absoluto. A más llegó su descaro, porque como tenian amedrentado y atemorizado al pueblo, convocaron una junta general de la gente de la ciudad, y despues de haber conseguido que se declarasen por ningunos los poderes que tenian de Cortés, se hicieron proveer del pueblo por gobernadores. Depusieron inmediatamente de sus empleos á los regidores, tenientes y demás ofi-

ciales subalternos, y en su lugar pusieron otros de su mano, publicando que aunque Cortés fuese vivo y volviese, no lo habian de recibir, sino que lo habian de ahorcar. Para afianzarse más en el mando á que aspiraban, daban largamente reparcimientos, y distribuían los cargos más lucrativos entre los sugetos más contrarios al general Cortés, y favorecian especialmente á los que les podian ayudar. La persecucion de todos los capitanes y personas principales que como leales y honrados seguian el partido de Hernan Cortés, fué grande, pués á unos prendian, otros se huyeron á los montes y otros se fueron á retraer á San Francisco. A todos quitaron sus haberes, haciendas y repartimientos: en fin, proscritos y abandonados, sufrieron crueles vejaciones de parte del Factor y Veedor; pero de ninguno más que de Gonzalo de Salazar, que era más sedicioso y alborotador de la ciudad, y todo con el fin de verse Gobernador solo y sin consorcios. Sacaron de San Francisco algunos que se habian refugiado á sagrado para enviarlos presos en una embarcacion despachada para Castilla: no pudo ménos el custodio fray Martin de Valencia de poner entredicho; y visto que Gonzalo de Salazar no respetaba las censuras, tomó todas las cosas sagradas, juntamente con sus frailes, y desamparó el monasterio. Movióse algo Gonzalo de Salazar con este golpe

ruidoso, practicado en defensa de la inmunidad eclesiástica; y aunque muy sentido de los frailes, envió por ellos, que se iban á Tlaxcala, y los hizo volver: restituyó los presos, y con esta satisfaccion, se le absolvió; pero profirió muchas injurias, con poca reverencia de la Iglesia y escándalo del pueblo. Presintiendo Gonzalo de Salazar que al fin y al cabo habia de pagar tanta violencia y tantos excesos que cometia con las miras ambiciosas de apoderarse solo de todo el gobierno, queria sacar de nuevo de San Francisco muchos castellanos retraidos en dicho monasterio, aficionados al Gobernador Cortés; mas no pudo salir con su intento, porque éstos se previnieron de armas, y habiendo procurado cerciorar bien al pueblo de que estaba vivo el gran Cortés, por cartas auténticas y poderes que habia traído Martin Dorantes, congregaron muchos caballeros castellanos deseosos del bien público, y á su voz, siendo el contento muy general por saber que Don Fernando Cortés era vivo, acudió mucha gente, y formando escuadron de toda ella, prendieron á Gonzalo de Salazar, echáronle una cadena gruesa, y con mucho vituperio lo llevaron por las calles y plazas para que todos le viesen. Hicieron luego una jaula de vigas gruesas en que le metieron, y en otra semejante pusieron á su compañero Peralmindez, sosegándose con esta justicia las alteraciones de

México, adonde con mucho deseo aguardaban al Gobernador Cortés, tan bienquisto de todos, pero que con su larga ausencia habia dado lugar á tantos desórdenes, que por poco hubieran causado la pérdida de todo lo conquistado. Esto es, en suma, lo que pasó en la gran ciudad de México, tan desfavorable á la conversion de los indios, quienes no poco se escandalizaron de estas diferencias entre los cristianos, y á los intereses del Emperador porque podia perder sus nuevos señoríos. El que quisiere ver el detalle de todos estos tumultos que sucintamente he referido por la conexion que tiene con la serie de mi historia, hallará difusamente en Herrera y Torquemada lo que desea.

---

## CAPITULO XVI.

---

FABRÍCASE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO, Y FUÉ LA PRIMERA DE LA NUEVA-ESPAÑA:  
TENIENDO EL REY DE MICHOACAN NOTICIA DE HABER VENIDO RELIGIOSOS, FUÉ PERSONALMENTE A PEDIRLOS PARA SU REINO.

No pudieron nuestros católicos conquistadores de esta Nueva España, tan embarazados en continuas guerras y sustos, construir templos y iglesias hasta que llegaron á ella nuestros franciscanos. Consta de la historia de la conquista, que con permiso del Emperador Moctezuma se celebraba misa en el oratorio privado que se habia aderezado en el alojamiento de los españoles, y tambien que, segun las ocurrencias lo permitian, celebraban el santo sacrificio de la misa el clérigo Juan Diaz y fray Bartolomé de Olmedo (que ha-